

La fiesta de la República

La fiesta de la República

*Cultura política en tiempos de Juárez
(ciudad de México, siglo XIX)*

MIGUEL ORDUÑA CARSON



Primera edición, 2024

Diseño de portada: León Muñoz Santini y Elías Urbina

D. R. © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México
Av. Universidad 3000, Ciudad Universitaria, 04510,
Coyoacán, Ciudad de México, México

D. R. © 2024, Libros Grano de Sal, SA de CV
Av. Río San Joaquín, edif. 12-B, int. 104, Lomas de Sotelo,
11200, Miguel Hidalgo, Ciudad de México, México
contacto@granodesal.com | www.granodesal.com
🐦 GranodeSal 📘 LibrosGranodeSal 🌐 grano.de.sal

Todos los derechos reservados. Se prohíben la reproducción y la transmisión total o parcial de esta obra, de cualquier manera y por cualquier medio, electrónico o mecánico—entre ellos la fotocopia, la grabación o cualquier otro sistema de almacenamiento y recuperación—, sin la autorización por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-30-9038-4 (UNAM)
ISBN 978-607-69818-3-2 (Grano de Sal)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Introducción

La mañana del 5 de mayo de 1868, el Ayuntamiento de la ciudad de México se aprestaba a festejar el sexto aniversario de la batalla de Puebla. A poco menos de un año de la entrada triunfante de Benito Juárez a la capital, se celebraría por primera vez el aniversario de aquella inesperada victoria de 1862 sobre el ejército francés. Este episodio, que había servido de aliciente a las fuerzas liberales durante la guerra que se libró por más de un lustro, tomaría a partir de entonces un nuevo sentido: se convertiría en insignia de la restauración de la República. Para ello, se había preparado un largo programa de actos. La conmemoración empezó al alba con las salvas en honor a la bandera. No había amanecido aún cuando el estruendo de la artillería avisaba a la población que se iniciaba “la fiesta de la República”, un día de festejos en el que el presidente Juárez, el Ayuntamiento y el pueblo desplegarían las nuevas formas de la cultura política republicana.

La fiesta de la República es la crónica de los festejos del 5 de mayo de 1868, pero es también un estudio de la cultura política que caracterizó al periodo comprendido entre el triunfo liberal sobre el Segundo Imperio encabezado por Maximiliano de Habsburgo y la derrota militar de Sebastián Lerdo de Tejada en la asonada militar que llevó a Porfirio Díaz a la presidencia del país. En este sentido, la descripción de las festividades se empata con un recorrido por los elementos que condicionaron la vida cotidiana en la ciudad de México a lo largo del siglo XIX, entre ellos la historia de los trabajadores, sus asociaciones y los vínculos que establecieron con las autoridades locales y federales, así como los cambios de la traza urbana y el papel de la prensa en la conformación del espacio público. Además, da cuenta de las transiciones institucionales entre finales del régimen colonial y la primera reelección directa de Díaz, en 1888. A lo largo del libro se trata de mostrar la densidad histórica de las estructuras cotidianas que explican una cultura política que se fue sedimentando lentamente en su esfuerzo por instaurar y mantener la República como proyecto social y político.

1. El Ayuntamiento de la ciudad de México se encargó de convocar y organizar la conmemoración, que consistía en siete actos que comenzaron al rayar la aurora y terminaron hacia la medianoche. Como en toda celebración, la del 5 de mayo pasó por algunos momentos clave: la convocatoria inicial, la ansiedad de la espera para el ingreso al festejo, el momento de mayor emotividad, su remanso, una nueva euforia y el momento de decaimiento inevitable. La fiesta, con la confluencia emotiva que la caracteriza, es un lugar de encuentro, pero también de confrontación. Ahí se escenificaron, con el lenguaje simbólico de los rituales, las divergentes posiciones en torno a conceptos políticos como “espacio público”, “comunidad nacional” o “república”, y sobre las ideas liberales que intentaron definir la organización de la sociedad.

Con el estruendo de los cañonazos de salva, las armas nacionales inauguraron los festejos a las cinco de la mañana. Después de izada la bandera en la Plaza de Armas, varias bandas de música recorrieron las calles durante cinco horas. Minutos antes de las diez de la mañana, los regidores se reunieron en el Salón de Cabildos para formar la comitiva que acompañaría al presidente Benito Juárez a lo largo del día. Salieron hacia el Palacio Nacional, donde esperaron a su invitado para, a las once de la mañana, emprender camino al Teatro Nacional por la avenida 5 de Mayo. Esta calle había sido terminada justo a tiempo para el festejo, de modo que el presidente y su comitiva recorrieron a paso lento la amplia y arbolada calle hasta llegar a las escalinatas del teatro, donde se celebró la ceremonia de inauguración de esta nueva vía. A la una de la tarde, tuvo lugar en la Alameda el acto más destacado de la jornada: un banquete popular. Los convidados tenían nombre y apellido, es decir, formaban un selecto conjunto del pueblo de México, en el que se contaron funcionarios tanto de los poderes federales como del Distrito y otros tantos invitados de diversas profesiones, artes y oficios. Terminado el banquete, a las cuatro de la tarde se abrieron las puertas de la Alameda, que entonces estaba cercada en todo su perímetro, y en la glorieta principal se colocaron cuatro músicas de cuerda, que tocaron diversas piezas de baile para el deleite de la población. Hacia las siete y media, el Ayuntamiento aprovechó la caída de la noche para encender las luces de la plaza central y

un poco después se pudo apreciar el espectáculo de los fuegos artificiales, resultado de la invención de un “inteligente mexicano”. El último acto de la jornada se inició a las ocho de la noche y tuvo como sede, de nueva cuenta, el Teatro Nacional. Esta función fue la más exclusiva de la jornada, pues sólo 650 personas, bien acicaladas, pudieron atestiguar una representación de la obra teatral titulada *La Patria*, la lectura de un poema a cargo del ciudadano Guillermo Prieto y la intervención del coro de la Sociedad Filarmónica, en el que participaron cerca de 300 artesanos. El programa concluía así, con una emotiva escena en la que artesanos que integraban el coro y la élite se agradecían mutuamente. Fuera del programa oficial, en las calles seguramente los festejos continuaron hasta bien entrada la noche.

Pese a que la celebración convocaba a todo el pueblo de México, a lo largo de estos actos encontramos un sujeto que lo personificaba: el artesanado. Un sujeto colectivo que es el referente constante en *La fiesta de la República*, un personaje que ayuda a fijar la atención, a no perderse en la multiplicidad de detalles de la vida cotidiana y a concentrarse en las transformaciones del entorno político y social urbano que el proyecto liberal y el modelo republicano proponían. El artesanado es el personaje que sirve para asomarse por la mirilla de un caleidoscopio que se mueve al ritmo de una fiesta cívica organizada por el Ayuntamiento de la ciudad de México y que presenta un correlato del proceso que conocemos como modernidad.

2. Cada capítulo de este libro abarca una etapa de la fiesta, pero también presenta una problemática distinta de la cultura política moderna. De este modo, el día se inicia a las cinco de la mañana en una ciudad que será el escenario en el que se llevan a cabo los festejos. El siguiente capítulo se dedica a identificar el papel que, desde finales del siglo XVIII y a todo lo largo del XIX, tuvo el Ayuntamiento en la organización de festividades urbanas, así como su relación con las instancias centrales de poder. Se explica entonces la transformación de una entidad de carácter corporativo que funcionó durante la época colonial a una instancia de representación político-electoral, ya con el establecimiento del Estado mexicano independiente. En este contexto, se abordan unas primeras nocio-

nes en torno al espacio público: el ámbito de lo común, aquello que es lo visible y escuchado por todos.

En el tercer capítulo, que arranca a las once de la mañana, se aborda la voluntad política volcada al urbanismo, con una nueva lógica de gobierno que tiene importantes antecedentes en las reformas borbónicas y que se extiende hasta bien entrado el siglo XIX, proceso que pretende hacerse de procedimientos efectivos para mejorar la administración del espacio, las cosas y la gente. No obstante, el ímpetu por controlar la calle y el espacio público se encuentra con variados procesos de resistencia, de modo que la ciudad es un campo de batalla donde se escenifica la cotidiana lucha social. El espacio público es donde se percibe el pulso del conflicto, precisamente porque es un lugar en disputa. El capítulo cierra con dos apartados en los que se da cuenta de la iniciativa política que hace de la nación el principal referente identitario. Se analizan algunas de las imágenes compartidas que permitieron la identificación entre los semejantes y la integración de las personas a una comunidad abstracta que, por vital y trascendente, otorgaba sentido a sus vidas. Estas imágenes nacionales dieron forma a una geografía festiva de la democracia en la que la multitud tenía un papel nodal, pero también compartieron una nueva sensibilidad, que se sirvió del romanticismo como recurso básico de la subjetividad cívica decimonónica. Así, se tejieron vinculaciones emotivas y se crearon lazos de solidaridad que afianzaron a esta comunidad imaginaria.

Al medio día de ese 5 de mayo, se iluminaron los más sutiles dispositivos del orden social. Siguiendo el ejemplo de la vestimenta, tema que atraviesa el libro, se exponen las presiones morales que acompañaban a las exigencias legales con las que se definieron las actitudes deseables y se acotaron los comportamientos posibles. El banquete popular de la una de la tarde fue quizás el más notable de estos festejos cívicos, pues fue el acto en el que más intensamente se muestra la ambivalencia del proyecto democrático de la República: el aleccionamiento de los procedimientos del brindis y el espacio para manifestar ideas y sentimientos sobre el orden existente. A lo largo de este cuarto capítulo, se muestra al artesano conformando una identidad popular que se distinguía de los vagos y del despreciable vulgo. En el siglo XIX, los artesanos son una representación inequívoca del pueblo, por lo que su presencia

en los festejos del 5 de mayo y en los discursos sobre el orden social requieren un cuidadoso análisis. Los artesanos se constituyen como un actor que, sin pertenecer a la élite, es el referente deseable del pueblo mexicano.

El banquete que se ofreció en la Alameda, al que fueron invitados cerca de 400 artesanos, se acompañó de una práctica típicamente decimonónica: el brindis, discursos más o menos improvisados que acompañaron los deleites del ágape. Como dispositivo civilizatorio, el brindis es signo del deseo y la posibilidad de participar del espacio público que denominamos moderno, esto es, del foro donde se deciden los asuntos del común. El apartado final de este capítulo es una síntesis del complejo proceso que conocemos como modernización de la vida social, mientras que el siguiente capítulo, que se inicia a las cuatro de la tarde, muestra diversos mecanismos de la integración social en el ámbito de la nación. Las posibilidades de una participación popular efectiva se abrieron en el acotado momento histórico de la República restaurada. Por medio de sus asociaciones, es posible dar cuenta de los múltiples y denodados esfuerzos de los artesanos por integrarse al modelo liberal de participación política.

En el penúltimo capítulo, al filo de la noche, se exponen los resultados del esfuerzo de los artesanos por integrarse a las redes políticas predominantemente elitistas de la comunidad nacional. Por medio de una lucha abierta o de constantes y cotidianas fricciones, en la que se manifestaba la lucha de clases, los trabajadores emprendieron variadas formas de protesta por medio de las cuales evidenciaron las injusticias de un sistema que, al tiempo que los mostraba como ejemplo de un pueblo laborioso, se negaba a valorar su trabajo. Denunciaron un modelo político que descansaba en la idea de democracia pero que se oponía rotundamente a hacer caso de los reclamos del *demos* que idealmente lo integraba.

El último de los actos programados se inició a las ocho de la noche en el Teatro Nacional. La exclusiva función consistió, entre otros números, en el espectáculo de un coro de artesanos: el símbolo del pueblo trabajador convertido en el entretenimiento de los espectadores que acudieron a la función nocturna para gozar de los privilegios del flamante régimen liberal. El teatro era una metáfora y un procedimiento que exhibía a los actores sociales en una

representación política, en la que las varias definiciones de público se ponían en juego.

En *La fiesta de la República. Cultura política en tiempos de Juárez*, se hace un recorrido por la ciudad de México, con especial atención a aquellos detalles que sólo son visibles combinando perspectivas. Una fiesta puede mostrarnos el funcionamiento de una sociedad: los modos y los medios que mantienen el orden y que, al señalar los límites de lo permitido y excluir lo discordante, muestran la solidez y la coherencia de la que se ufanan siempre las comunidades.